

PC85481

Coordinador ShowCultural: Hernán Díaz

SHOWCULTURAL

Cine • Libros • Televisión • Guía del ocio • Arte • Teatro • Gastronomía • Opiniones

Treinta años de remolienda

por Antonio Skármeta



Debe ser la primera vez en el mundo que una casa de putas funciona en una iglesia. La huacha la acaba de realizar Alejandro Szyvelling con *La remolienda*, en la capilla del Centro Montecarmelo, hecho imitativo y sólo comparable a la derrota en fútbol de Chile ante Brasil por decir a uno. Claro que feligrases y actores pueden estar más tranquilos que los distintos técnicos de las selecciones nacionales, desde piriguitines hasta longeros, cuyas cabezas presumiblemente caerán caídas vulgares por las maduros.

Nada hay de blasfemo en esta joyita del teatro popular chileno, que está celebrando discretamente sus treinta años de vida, en circunstancia que la premia debió emitir pitos y fanfarrias para llamar la atención sobre esta obra que se mantiene "for ever young", incluida la maravillosa Bélgica Castro que actúa a doña Nicolasa igualita a como lo hiciera en 1965, en el Teatro de la Universidad de Chile.

La frescura de *La remolienda* reside en el genio de Szyvelling para dotar a sus personajes de esa gracia angelical que los hace transparentes y bordados, ingenuos y hábiles, inmensos niños habitando de ese país encantado y encantador que es el Chile rural previo a la TV y la luz artificial.

La viuda Nicolasa vive en un caserío a los pies de un volcán, junto a sus tres jóvenes hijos: Nicolás, Gilberto y Graciato. La madre los ha sacado de ese humilde paraiso para traerlos a un pueblo donde verá la novedad del abito: la luz eléctrica. Los muchachos están educados en las buenas costumbres: cuando veas una dama hoy que sacre el sombrero al saludar. Y si la señora de matón les presta como para matrimonio, conviene decirle que tiene "una miri



Bélgica Castro, mujer del autor e inolvidable protagonista de *La remolienda*, de Alejandro Szyvelling.

que corta el remello, que se mueve como una reina" e cuento, que tiene gües oler como manzana madura".

No sospechas, los juveniles, que el azar los traerá a una casa de remolienda donde las tres papilas, ávidas de casorio, deben fingir esa noche —a pedido de la duquesa del prostíbulo— que son sus hijas y no "pepilas".

A los pocos minutos está compuesto el ingenuo casido. En los luceros quedan cautivados por las señoras y éstas, más mal que bien, logran dominar a la ramera para hacerse potable a ojos del trio de futuros moridos. Esta perspectiva mayor

viene adjunta a otra: la madre de los querubines es confundida por un galán de hace veinte años, quien la toma por la madre de las señoras Warren. De esa instancia brota una fiesta de noble chilendad, de humor inocente y poético, de vulgaridad redimida por la gracia, de ranciones con poesía terrenal, de captura de un folclore hecho de tradiciones luminosas.

¿Qué hacen los sembradores pausados en su primera fiesta con las chiquillas? ¡Juegan a las adivinanzas! Una del repertorio de ellos: "Voy con mi casta al hombre,

camino y no trago pan, y voy dejando mis pleyas, maría con hilo de plata". Naturalmente, se trata del caracol. Ahora una de ellas: "Sácalo marío, que lo quiero ver. Ay, que está muy fco, púelvelo a meter". Solución: "El pan del burro ¿o qué se había criado así?".

Ambo grupos, y personajes adolecentes, establecen un milagro de comunicación. Vienen de un territorio y una cultura común, los de la pobreza. Los cuerpos de ellas pueden estar "más recorridos que el camino puericento", pero sus almas están intactas y sus sueños de establecer un hogar, al cielo por cientos. La pereza

de los muchachos les roba y la alegría de sus espíritus les promete futuro esplendor.

Este cuento de hadas para adultos está llevado con ritmo nervioso por el propio autor, Alejandro Szyvelling. El espectáculo no tiene ni un grano de grasa. Estamos lejos de los largados y rancios lugares comunes del melodrama chilendino. Un público más exigente y sofisticado puede ir a verla sin corras. El corazón de la obra está puesto al servicio de la construcción, y es especialmente recomendable para que la vióten padres con hijos adolescentes. Prese a la dulzura de los acontecimientos, tampoco hay nada sentimentalismo.

El elenco que anima la humilde capilla es homogeneamente luminoso. Como en todo buen actor, con un par de pisocadas estas plenas y comunicativas os asocia. Es un montaje para no desarmarlo nunca. Algún espectador deberá cuidar que la obra sea vista y disfrutada por liceos y pobladores a lo largo y ancho de este país moderno con su identidad descajada.

Y ya que estamos en sagrado recinto, adelanto por Bélgica Castro. Esta superestrella es la única que se mantiene del elenco original, que en 1965 le robó el corazón al público del teatro Antonio Vaz. Cada una de sus inflexiones "chilanas" es una conchada a la mandibula. Tiene el don de la inmutabilidad y las barbaridades le brotan en profusión. Una vez más reina en todo su talento, con el agregado de que, esta vez, el elenco no le va a la zaga. ■

Quincena del 29 de mayo al 11 de junio

20136

P.127

coron

Treinta años de remolienda [artículo] Antonio Skármeta.

AUTORÍA

Skármeta, Antonio, 1940-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Treinta años de remolienda [artículo] Antonio Skármeta. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile